

VI

NUEVO CURA PARROCO: DON PEDRO MAURÍ RUBIO

Pero hasta esta fecha, ocurrieron algunos hechos menores que se quedaron en mi memoria sin datos suficientes para poder reconstruirlos sin margen para el error. Pero téngase en cuenta que la Iglesia Católica estuvo en la guerra, y para ella también en la bendita posguerra, al lado del Nuevo Estado, favoreciéndole con su apoyo a nivel internacional en su época de soledad. Y fue tan acusado dicho apoyo que, desde el Cardenal Primado hasta el último mono perdido entre los pinos de los montes, todos querían mandar y meter su cuchara en los presupuestos y en cualquier otro asunto que surgiera.

Acabada la guerra, alguna persona de Enguera, cuyo nombre desconozco, fue a ver a un Sacerdote para pedirle ayuda y poder sacar de la cárcel a un pariente. El Sacerdote no tuvo otra salida que decirle al visitante que si su pariente no salía de la cárcel era porque José Sarrión, que podía sacarlo, no lo hacía.



El pobre hombre, metida en su cuerpo la esperanza, se fue con el cuento a mi padre para pedirle ayuda y contarle porque se la pedía. Mi padre, que ya había hecho cuanto había podido, por muchos de los encausados, ante el Juez Militar mandó a un enlace de Falange a requerir al interfecto para que se presentase en Jefatura y, llegado a su presencia, diese cuenta de lo dicho. El Cura dijo que no, que no se movía de su casa y que no iba. Recibida la contestación, el Jefe Local mandó un recado al Cura Párroco, don Eduardo Tormo para comunicarle que iba a mandar a la Guardia Civil a por el requerido.

Don Eduardo Tormo, que vivía en un piso, encima del “Café Industrial” se presentó en Jefatura y se ofreció a ir por el rebelde, cosa que hizo sin demora, volviendo con el insumiso en un breve espacio de tiempo y siendo testigo del rapapolvo que el Jefe Local regaló al Cura por lenguaraz y poco reflexivo, afeándole su conducta y recriminándole por atribuirle ante la gente unas facultades que no tenía. Y este Cura resulto

posteriormente “algo (o mucho) consejero de don Pedro Mauri” y, tal vez influyó en cómo se presentó éste en Enguera.

El Sacerdote, en cuestión, creo que estuvo unos años sin aparecer por Enguera o, por lo menos, sin dejarse ver. Pero también creo que hasta entonces y después fue el referente y consejero de don Pedro Mauri y de su “secretario”; porque estoy convencido de que su capacidad intelectual estaba muy por encima de la de estos.

Había en Anna una maestra, nacida enguerina, por la que “se removi6 cielo y tierra” (m6s bien tierra que cielo) para traerla a Enguera y que se hiciese cargo de la Secci6n Femenina como Delegada Local. Y se consigui6 traerla.

En la casa de la calle de Santa B6rbara, que hoy es propiedad de la familia Piqueras, haba un Colegio de Monjas que desapareci6, y en cuya casa, creo recordar, haba un bar. Acabada la guerra, tom6 posesi6n de la misma la Secci6n Femenina y la planta baja se utiliz6, creo, como comedor de Auxilio Social. Y as6 estaba hasta que apareci6 en el firmamento Don Pedro Mauri Rubio, con muebles y pertrechos, queriendo ocupar la casa que, al parecer o en realidad, era propiedad de la Iglesia.

Despu6s de bastantes horas con los muebles en la calle y de conferencias telef6nicas entre Enguera y Valencia la Delegada Local consigui6 que la Delegada Provincial de la Secci6n Femenina autorizase la entrega de las llaves de la casa, con lo que el nuevo P6rroco hac6a su entrada triunfal en Enguera como terreno conquistado. El Jefe Local de Falange trat6 de aprovechar la ocasi6n para dejar su cargo y le plante6 a quien lo haba nombrado que as6 no pod6a quedar el asunto y que, si no destitu6a a quien haba entregado las llaves o haba hecho posible su entrega, se marchaba a su casa. Y por esto creo, y creo que no me equivoco, que Rinc6n de Arellano tuvo que destituir a su mujer que era la Delegada Provincial de la Secci6n Femenina. Posteriormente, la Delegada Local que ya estaba en Enguera de Maestra en propiedad, tom6 posesi6n del Armonio Parroquial, march6ndose con el Cura; y aqu6 m6sica y tambi6n gloria.

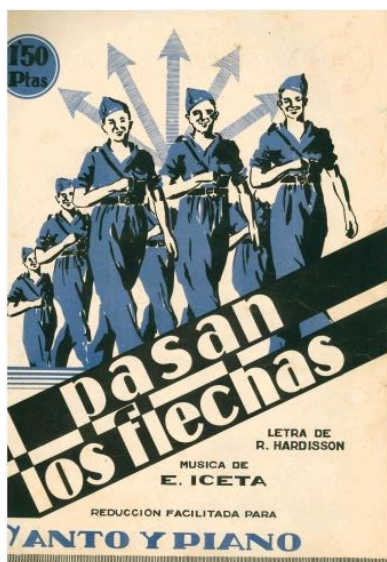
A continuaci6n el ejercicio de moda era apuntarse para ingresar y pertenecer a “la Acci6n Cat6lica”. ¿A d6nde vas Vicente? A d6nde va la gente. Se nombraron juntas directivas, que no dirig6an nada, en cada una de las ramas masculinas y, supongo, que tambi6n en las femeninas. De todas ellas: Aspirantes, J6venes y Hombres la 6nica que, seg6n creo, funcion6 fue la de J6venes y, justo es decirlo, gracias al entusiasmo, ganas de

distraerse y ganas de prosperar en el escalafón de la ciudadanía de su presidente.

Para ello, dejó el carguito que ejercía en la Organización Juvenil de Falange donde no tenía mucho porvenir, y se marchó, con “muebles y pertrechos” al lado del Sr. Cura, como hombre para todo servicio y agente de inspiración del Párroco, donde no llegó a alcanzar grado alguno de “santidad”, pero sí a Alcalde del pueblo, donde encontró los medios para ampliar su “capacidad narrativa.”

Empezaron con una “hojita parroquial”, a “imagen y semejanza” de las que tenían algunas parroquias de Valencia, con contenido puramente evangélico y eclesial, que eso es lo que fue en el primer número.

Pero la materia y contenido del folio inicial fue ampliado en el



siguiente número a dos hojitas, que acabó siendo un periodiquito mensual y que fue derivando de las cuestiones espirituales a las prosaicas cosas terrenas, en las que se sentían cada día más y más reconfortados, y les llevo hasta lo que más adelante se denominó “nacional-catolicismo”. En dicha hojita parroquial que pocos leían y que yo he hojeado ahora gracias a que don Ricardo Ros Marín, al que se las regaló el editor encuadernadas, tuvo la amabilidad de dejarme leer, vi que no se faltaba mucho a la verdad pero sí se la disfrazaba bastante, que es una forma de mentir encubiertamente. Cuestiones y hechos de escaso

contenido, de los que no nos enterábamos los que estábamos algo cercanos, aparecían reflejados en la “hojita” como hechos destinados a salvar espiritualmente las almas de Enguera y de sus alrededores.

Hicimos una peregrinación a Santiago de Compostela en el Año Santo de 1.948, que para la mayoría solo atendía al hecho de que íbamos a ver Santiago en un viaje de turismo a lo pobre, pero muy rico por nuestra juventud. Cuando leí la narración del viaje, años más tarde en la revista Enguera, llegué a pensar que donde yo había estado era en las Cruzadas. Menos mal que me reconocí en las dos fotografías, y confirmé mi creencia de que donde había estado era en el Patio de los Reyes del Escorial y ante la Puerta de las Platerías en Santiago, pero ese viaje triunfal yo no lo vi por parte alguna. Por cierto, que fuimos en un camión “Bedfort” recién

comprado y conducido por Paco “el Castellano”, en cuya caja se instalaron unas veinte o veinticinco sillas.

Llegado don Pedro a Enguera, el día 29 de Junio de cada año, día de su santo, se le hacía un homenaje descomunal, en el teatro que existió en la planta baja del “Casino de Chimo”, en el Círculo de los Obreros Católicos. Algo así como “Después de Dios la Casa de Quirós”. Yo nunca fui a esta fiesta parroquial porque objetivamente debía de ser muy aburrida; pero algún amigo mío sí que iba por “obediencia debida” a sus padres. Pero ¿dónde se podía ir en realidad, cuando no había otra cosa donde pasar el rato las personas piadosas? Los actos de este tipo eran denominados “cultos a la personalidad”. Y como el día 29 de Junio era también el santo del Médico del pueblo con mayor preponderancia dentro del mismo; don Pedro Muñoz Pérez, que así se llamaba, montó un baile el mismo día a la misma hora, en casa de su hermana muy cerca del otro; en el piso superior a la panadería de Parejas, en la calle de Santa Bárbara. Y no oigáis lo que le dijeron. Hasta lo metieron en la narración de una denuncia que alguien envió, con otro designio, al Gobernador Civil.

También sucedía que el nombramiento de los Curas Párrocos, para las distintas parroquias de la Diócesis, lo hacía el Arzobispo de Valencia. Pero el nombramiento de don Pedro para la de Enguera no fue así, según se desprende de la “hojita parroquial” del día 9 de Agosto de 1.944, en donde parece que se quiere derivar el nombramiento del Párroco de Divinas alturas y así se dice, ayudando al culto a la personalidad: ***“El nueve de Agosto, fecha memorable para la Parroquia de Enguera, celebramos fervorosamente el segundo aniversario de la entrada del Pastor que la Providencia nos deparó, nuestro Cura Párroco don Pedro Maurí...”***

Pero el Cura Párroco de Enguera casi perdió este título porque pasó a llamarse Muy Reverendo Señor Arcipreste y fue, sin dudas para muchos, un Cura Providencial.

Y el pobre Don Pedro soportando el chaparrón, quizá con complacencia pero en honor a la verdad, para mi don Pedro no era así, vino aleccionado para actuar así, empezó a actuar así y acabó siendo, su forma habitual de actuar, así. Jamás me levantó la voz ni me hizo reproche alguno. Yo tengo un buen recuerdo suyo quizá porque lo vi con unos ojos diferentes; pero ello no me impide relatar lo que, según mi leal saber y entender, creo que vi y sucedió.

Seguramente “vino programado para actuar como actuó” pero, al principio, él más bien estaba en su casa y era allí a donde iban a contarle

los cuentos del pueblo y, tal vez, le calentaban demasiado la cabeza, hasta que explotaba. Porque quien fue a contarle el cuento de que una chica tan humilde como guapa, que estaba acogida al favor de la enseñanza de las Teresianas, fue unas tardes de Pascua a bailar con su novio a una de las Peñas. Y tramitada aquella queja o denuncia; creo, y no me equivoco, que le costó a la chica perder sus estudios para maestra.

El suceso terminó con la salida de la chica del colegio y, también con el envío que el padre del novio le hizo al Cura Párroco de las insignias de Acción Católica de toda la familia. Y ella acabó felizmente casada con su novio posteriormente.

Pues de estos sucesos hubo algunos, aunque no tan graves, que atemorizaban la vida del pueblo. Y el “secretario del Cura” tuvo la osadía de decir por su cuenta: ***“que había que tener la valentía del que salvó el Convento, pese a la presión que desde Madrid y Enguera, en momentos de fuerte autoridad que a muchos asustaba....”***



Pues no miento si digo que, en aquellos momentos, los miedos eran producidos a los piadosos y devotos creyentes, y a parte del resto del pueblo, desde las alturas de la Parroquia y sus aledaños. Y aquí hay una muestra para que el lector pueda apreciar el sentido de lo que voy contando. El Obispo de Pamplona, que luego fue Arzobispo de Valencia, publicó en el año 1.941 una pastoral que ya, en aquella época, debió de causar su efecto, Pero que al director de la “hojita parroquial” debió de gustarle mucho, porque la reprodujo en toda su literalidad cinco años después. Y así aparece reproducida en el número 22 de Abril de 1.946, de “A nuestros jóvenes”. Y dice así:

“NUESTRO ARZOBISPO Y LOS BAILES”.

“Hoy que las diversiones son abiertas y corrompen todas las vibraciones de la vida, hay muchos y muchas que tienen las ideas confusas, labrándose una religión que no les corte las alas del capricho. La moral blanda, los Sacramentos fáciles y la vida un acuneo de placeres.

ELLAS.- Almas que han encontrado en la acumulación de placeres, el satánico acomodo de la piedad y hasta (se resiste la lengua a decirlo) del abrazo de Jesucristo en la comunión por la mañana cristiana a los niños; hablan con respeto y cariño del sacerdote; y se olvidan, en el baile y el abrazo con el primer postor en el baile agarrado de la tarde o altas horas de la noche; se precian de llamarse Hijas de María; llevan gozosas al cuello la medalla de la Virgen y el símbolo de la pureza en el lazo azul; se interesan de Cofradías, Triduos y Novenas; rezan el Santo Rosario; limpian y adornan amorosamente los altares, enseñan la doctrina agarrado de que son templo del Espíritu Santo, redimidas por la sangre de Jesucristo.

De perfume de pureza en el hogar, hijas escogidas de la Iglesia, se pasan a hijas de Belial, ruina de sí mismas y lazos de perdición para otras almas, en brazos de un hombre sensual, con pasos, contoneos y posturas, cargados de mayor lujuria que los gestos ebrios de las miserables bacantes que no conocieron a Dios. Cantoras del Señor, y mañana danzantes del Diablo, cristianas hoy y mañana paganas; hoy fieles y buena fama, mañana gentiles y sin honra; hoy siervas de Dios y mañana hijas de Satanás, diríamos con San Efrén.

¿Cuándo comprenderás mujer cristiana, que estás siendo juguete de pecado, de una generación corrompida, que se propone aturdirte con deslumbradores espejismos de sensualidad, en la que te hundes, cada día más acentuados para que no te fijas en la sima de perdición en la que te hundes; ni en los jirones de la blanca veste del pudor que vas dejando entre los zarzales de la pendiente? Reacciona mujer, hazte respetar, manda y vence. Tu honestidad exige, tu dignidad de mujer lo impone; el título excelso de cristiana que ostentas te lo manda imperiosamente.

ESOS PADRES..... Pero es más, hay padres y madres que llevarían a los tribunales a los audaces que se permitieran con sus hijas, en plena calle, o en un rincón lejano, no las mismas, sino menores licencias que las que se toman en un baile, como si unas piruetas o unos pasos bien marcados acabaran con la ley de Dios y la honradez de la vida. ¿Hasta cuándo ha de durar vuestra ceguera, padres y madres, que os decís cristianos? ¿No sabéis que os pedirá Dios más estrecha cuenta de la pureza del alma de vuestros hijos que del alimento de sus cuerpos? Conserváis el honor y la memoria y no os dais cuenta que con esos bailes avanzan a galope a la más desenfrenada lujuria.

ELLOS.- Si somos sinceros, si hemos ido a la guerra a revalorizar el contenido de las ideas “RELIGION y PATRIA”, si hemos salido a ella por Dios y por España, hay que volver a la moral sincera, hay que enlazar las manos con la España que dejamos, como un trasto viejo, arrinconada al margen del camino; hay que dar muerte a lo que nos separó de Dios y de la Patria; hay que barrer la basura que importamos, necios, de otros pueblos de la Europa salvaje. Hay que desterrar el baile agarrado.

Como os engañáis, mozos, los que luchasteis con bravura y visteis caer junto a vosotros aquellos garridos muchachos, colegas de armas; como os engañáis, llevando, como el virus terrible de una peste a los sanos pueblecitos que os vieron nacer, el baile agarrado y entregándoos al desenfreno.

Si no son españoles esos bailes. Si no son morales. Si son un sarcasmo al espíritu de la cruzada. Si son reprobados desde el Cielo por todos nuestros mártires y héroes. ¿No sentís el grito de TRAIADOR lanzado a vuestra espalda? Vosotros sois los que no tenéis derecho a bailar el agarrado”.

Sigue algo más pero me quedo aquí, y con todo el respeto hacia el Ilustre Prelado, creo que “ni el hombre es un lobo, ni la mujer es un trozo de carne que aquel tiene que consumir”. Creo que tratarlos así es envilecerlos, y creo también que no hay, en la parte humana de esta tierra que nos cobija, nada más sublime que abrazar a una mujer cuando la amas de verdad y eres correspondido. Y ese momento no se puede medir con tanteos o balanzas materiales porque, con todo el respeto, creo que también ha sido un momento creado por Dios.

Pues bien, la Pastoral a la que me estoy refiriendo debió ser inspirada, en el año 1.941, bajo los efectos de una guerra cruel y hasta inhumana. Pero reproducirlo en la hojita parroquial en el año 1.946, solo puede explicarse o por corresponder a una mente cerrada o por el simple deseo de “vamos a pegarle al borriquito porque no se queja y aguanta todo lo que le echen”.

La gente no le tenía miedo al Alcalde. Al contrario, iban a pedirle cosas y que interviniese para que les fueran quitadas multas con las que eran obsequiadas por agentes de diferentes autoridades provinciales, de las que en otro lugar me ocuparé. A quien tenía miedo la gente devota, y alguna no tan devota, era al Cura Párroco, al que sus asesores le informaban y le calentaban los motores para que, con su verbo inflamado, informase a la gente de que mejor que las diversiones era la penitencia.



Pero como don Pedro Mauri venía imbuido por un exceso del nacional-catolicismo imperante y encontró a quien le mantuviese la afición, decidió intentar la “batalla por la hegemonía municipal en el mes de noviembre de 1.943, en que ocurrió lo que voy a relatar:

Desde que acabó la guerra civil, se implantó la costumbre de que cada 20 de noviembre se celebrase una misa por José Antonio Primo de Rivera, a la que asistía mucha gente en aquella época y, llegados a los días anteriores a la fecha (del año 1.943) que anteriormente he citado, el Sr. Cura Párroco decidió marcharse unos días fuera del pueblo, con la agravante que ese día no habría cura alguno en el pueblo para celebrarla.

El Jefe Local, conocida la circunstancia un par de días antes, telefoneó al Jefe Provincial y Gobernador Civil, poniéndole en

antecedentes de lo que iba a suceder y que no se podría celebrar la misa por José Antonio. El Gobernador le preguntó *¿Qué rango tiene el Cura de tu pueblo?* y mi padre le contestó: **“aquí le llaman Arcipreste”**; a lo que aquel le replicó: **“Pues el próximo día veinte tendrás en Enguera un Canónigo de la Catedral, al que cada vez que diga en la misa “Dominus vobiscum” le tocarán la campanilla, y verás que bien suena en la iglesia el “tilín tilín” que al cura párroco de tu pueblo no le pueden tocar”**. Y así sucedió.

Años más tarde (1.951), en la primera visita realizada a Enguera por el nuevo Jefe Provincial y Gobernador Civil, don Diego Salas Pombo, hubo algunas personas de Asociaciones o Sociedades que deseaban exponerle algún problema del pueblo con alguna petición. A mi padre le pareció bien y, por la tarde y en el local de Jefatura, el Gobernador los recibió, escuchó y contestó. Pero apareció el lugarteniente del Arcipreste con sus “mariachis”, estando dicho Cura presente y a la escucha; y le hicieron una petición que lamento no recordar, pero que provocó la siguiente contestación del Gobernador: **“Les ruego que tomen nota todos ustedes de que cualquier petición que quieran hacer al Jefe Provincial y Gobernador Civil, solo será escuchada por éste si viene avalada por el Alcalde y Jefe Local de Enguera. De no ser así, que nadie se moleste en intentarlo porque no la escucharé”**. Y dicho esto con el énfasis necesario, dio por terminada la audiencia.

Don Pedro Maurí, que presenció y escuchó cuanto acababa de ocurrir, esperó unos minutos, después se despidió, y “tomando su capatorera” se embozó con ella y se retiró por el foro.

Como consecuencia de lo anterior, José Sarrion recibió una carta del Jefe Provincial, con fecha 3 de Julio de 1.951, en que literalmente le dice lo siguiente:

“Mi querido camarada y amigo: Me es grato acompañarte **copia literal de la carta que con esta fecha dirijo al señor Cura Párroco de Enguera**, conforme te indiqué ayer, en el deseo de que ¡no quede la menor reserva mental en su ánimo y que vuestras relaciones se desenvuelvan normalmente en el futuro. Brazo en alto te saluda. Firmado: Diego Salas Pombo”.

Y con esta carta, cuya copia no he encontrado, se acabó, durante los años que este Gobernador permaneció en Valencia, el problema e incordio de don Pedro Mauri, hasta que retomó la cuestión cuatro años después para aleccionar a una caricatura de cachorro de león que mandaron a Navalón para dar guerra. Ahora bien, hoy creo, estoy seguro, y ya lo razonaré en otro capítulo, que lo de Navalón y el cese del Alcalde Sarrión tiene más relación con la oposición del clero regular a la pretendida venida de los Carmelitas Descalzos a su Convento de Enguera. Porque la Comunidad de los Carmelitas Descalzos podía rebajar la autoridad y, aun sin pretenderlo, el poder de presión del inquilino de la Abadía.

No obstante, tengo que manifestar con la mayor sinceridad, mi convencimiento de que don Pedro no era como los enguerinos tuvimos la dicha o la desdicha de conocerle en Enguera. Creo que él se rodeó y lo rodearon de una capillita que sin dar la cara, le informaba y le inclinaba a proceder como un intransigente del nacional catolicismo. Agobiado por el ambiente que le rodeaba en Enguera, originado por su consejero áulico, tuvo pocas ocasiones para manifestarse de otra manera, hasta que, salido de este círculo cerrado, cambió por completo su orientación parroquial y en el trato de las personas, entre las que yo me encuentro.

Le pedí que me casara y me casó; y a continuación celebró los matrimonios de mis amigos: Jaime Simón Aparicio y Juan García Botella y seguramente alguno más, que no recuerdo. Y así presencié dos sucesos en que intervino don Pedro:

El primero ocurrió siendo párroco de Enguera y referido a mi hermano. Este, además de monaguillo, era muy aficionado a los animales y en casa tenía toda clase de bichos: perro, gatos, grillos, peces y hasta una habitación llena de pájaros. Un día en que tenían que ir a la iglesia por la tarde temprano, se fue con unos amigos a coger ranas a “sábe Dios dónde”. Se les hacía tarde para ir a la iglesia y mi hermano, ante la imposibilidad de dejar en su casa la rana capturada, optó por metérsela en el bolsillo y presentarse ante don Pedro para “trabajar” de monaguillo en la función de la tarde.



Celebrando la función religiosa se desplazaron desde el altar mayor a la capilla del Sagrario y después hicieron el camino inverso. (Y creo que aún les quedaba ir y volver al Cementerio). Llegados a la Sacristía, después del primer recorrido con música de rana, don Pedro reunió al conjunto de monaguillos e inquirió quién era el causante del “desmadre” de la tropa

juvenil. Y como nadie le respondía insistió con voz más severa; lo que provocó que se oyese una tímida vocecita que dijo: “Es que Manolo Sarrión lleva una rana en el bolsillo que es la que produce el ruido”.

¿Quién lo hubiera pensado? Ni se derrumbó la iglesia ni se resquebrajó la fábrica del edificio. La voz de don Pedro se hizo suave, y dirigiéndose a mi hermano le dijo, con timbre de complicidad en la voz, **“Vamos a ponerla en la pila de la Sacristía y cuando volvamos del cementerio te la llevas a tu casa”**. Con lo que manifestó ante la juvenil concurrencia que el carácter de don Pedro era, cuando la ocasión lo requería, bastante más suave de lo que la gente le atribuía.

El segundo caso pasó, estando don Pedro ya jubilado, en las fiestas de San Miguel y el día de la Virgen de Fátima. Íbamos mi esposa y yo a la misa vespertina de ese día cuando, al subir por la calle del Doctor Albiñana nos encontramos con él. Le saludamos y estando en animada charla vi que perdíamos la misa de las ocho; así que trate de despedirme alegando que no llegábamos a tiempo. Y cual fue nuestra sorpresa cuando oímos con voz susurrante que no incurriamos en falta porque el día 30 de Septiembre, (festividad de la Virgen de Fátima) no era día de precepto.

Lo que me lleva a la misma conclusión: que lejos del ambiente de sus áulicos consejeros enguerinos, don Pedro era una persona amable, cordial y bondadosa.

